

Pardo Llada - MICROFONO

decano
Ayer pasamos frente al nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, en la Plaza de la República. Se trata de una construcción de vastas proporciones, donde al fin quedará nuestra Biblioteca, que desde hace quince años estaba clamando por una instalación digna y adecuada.

Sin embargo...

de la 72/15
Contrastando con la severidad de sus líneas y conjunto armonioso de la concepción arquitectónica, acaban de colocarle en hilera, una serie de bustos (no menos de diez) a derecha e izquierda de la entrada principal, que dan la más pobre, chabacana y ridícula impresión.



A la Biblioteca Nacional, le han hecho lo mismo que al Teatro Payret, que como único motivo decorativo de la grande y costosa sala, le han colocado unas esculturitas en yeso, representando a las distintas Musas, en violento contraste con la majestuosidad del conjunto.

Lo que se está preparando en la Biblioteca Nacional, resulta un atentado al buen gusto y una agresiva ofensa al marco de sobriedad con que hasta ahora se había desarrollado el edificio...

Y a propósito del Ornato Público: convertir el desplazamiento de la estatua de Fernando VII, "El Rey Felón" en jubileo patriótico, nos luce exagerado, aunque en ello intervengan amigos tan estimados como Emilfito Roig y Humberto Sorí.

Con todo el respeto para los Historiadores, preocupados por recordar la negativa significación de aquel Rey odioso, entendemos que hay parques, estatuas y avenidas que independientemente de la significación política que tengan para nuestra Historia, han pasado a ser reliquias o recuerdos que todos aceptan como detalles típicos o característicos de nuestra ciudad.

Así por ejemplo, no obstante la veneración de todos los cubanos nuestro Apóstol, el Paseo de Martí, sigue siendo para todos los habaneros el viejo Paseo del Prado. Igual ocurre con la Avenida de Carlos Tercero, con la calle San Rafael, la Alameda de Paula, etc etc.

La estatua de Fernando Séptimo, en la vieja Plaza de Armas, no tenía para los cubanos significación política de ninguna clase. Era simplemente un viejo rincón de La Habana colonial, que a nuestro juicio debió quedar tal y como la concibieron del pasado siglo.

Sustituir a Fernando VII por Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, en monumento de proporciones tan modestas nos parece condenar al Fundador a un tributo mezquino, en los momentos en que se está levantando a Martí una columna digna de su grandeza.

Si en todos los lugares del mundo, se siguiera este implacable criterio histórico que acaba de dismantelar la estatua de Don Fernando en la Plaza de Armas de La Habana, los camaradas rusos habrían tenido que quemar el Kremlin, verdadero símbolo de siglos de Opresión; los franceses habrían destruido el Palacio de Versalles, escenario de las orgías de los antiguos Reyes; los chinos tendrían que dinamitar la célebre Muralla, donde murieron millones de infelices en su construcción.

Hasta los mexicanos, que han llevado su anti-españolismo al extremo de no levantar un solo Monumento a Hernan Cortés, el bravo Capitán de la Conquista; han respetado las reliquias históricas que dejó la Colonia y en el mismo centro de la Capital exhibiendo orgullosos la estatua ecuestre de Fernando VII, como una imagen del pasado vencido, a poca distancia del imponente Monumento a la Revolución.

En Cuba, somos tan patriotas, que a los cincuenta años de República, sin habersele ocurrido a nadie levantar un Monumento Digno al Padre de la Patria, derribamos heroicamente una vieja estatua —pobre reliquia histórica— para condenar a Don Carlos Manuel al tributo enclenque de un estatuilla frente al Ayuntamiento.

Carlos IV

LA PRIMONIA DOCUMENTAL